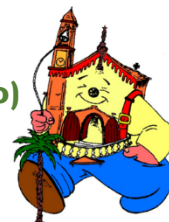




Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (san Diego)
Cartagena
RECURSOS LITÚRGICOS



Domingo 29 del tiempo ordinario. Ciclo C.

DÍA DEL DOMUND

1ª Lectura

Lectura del libro del Éxodo (17,8-13)

En aquellos días, Amalec vino y atacó a los israelitas en Rafidín. Moisés dijo a Josué: "Escoge unos cuantos hombres, haz una salida y ataca a Amalec. Mañana yo estaré en pie en la cima del monte, con el bastón maravilloso de Dios en la mano."

Hizo Josué lo que le decía Moisés, y atacó a Amalec; mientras Moisés, Aarón y Jur subían a la cima del monte. Mientras Moisés tenía en alto la mano, vencía Israel; mientras la tenía baja, vencía Amalec. Y, como le pesaban las manos, sus compañeros cogieron una piedra y se la pusieron debajo, para que se sentase; mientras Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. Así sostuvo en alto las manos hasta la puesta del sol. Josué derrotó a Amalec y a su tropa, a filo de espada.

Palabra de Dios

Salmo responsorial 120 (se canta o lo recita una catequista)

El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?

El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. **R.**

No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa el guardián de Israel. **R.**

El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha;
de día el sol no te hará daño, ni la luna de noche. **R.**

El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma;
el Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre. **R.**

2ª Lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo

(3, 14-4, 2)

Querido hermano: Permanece en lo que has aprendido y se te ha confiado, sabiendo de quién lo aprendiste y que desde niño conoces la sagrada Escritura; ella puede darte la sabiduría que, por la fe en Cristo Jesús, conduce a la salvación.

Toda Escritura inspirada por Dios es también útil para enseñar, para reprender, para corregir, para educar en la virtud; así el hombre de Dios estará perfectamente equipado para toda obra buena.

Ante Dios y ante Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, te conjuro por su venida en majestad: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, reprocha, exhorta, con toda paciencia y deseo de instruir.

Palabra de Dios

EVANGELIO (lo lee el sacerdote)

Lucas 18, 1-8

En aquel tiempo, Jesús, para explicar a sus discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola: "Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario." Por algún tiempo se negó, pero después se dijo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara." Y el Señor añadió: "Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?"

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS.

Monición de entrada

Este domingo celebramos la Jornada del Domund, un día para redescubrir la importancia y la urgencia de la misión. El lema de este año, **“Misioneros de esperanza entre los pueblos”**, nos recuerda a cada cristiano y a la Iglesia, comunidad de bautizados, nuestra vocación fundamental de ser mensajeros y constructores de la esperanza, siguiendo las huellas de Cristo.

Monición a las lecturas

En la primera lectura descubrimos cómo la victoria de Israel se obtuvo gracias a la oración perseverante de Moisés en favor de su pueblo. En la segunda lectura vemos cómo san Pablo exhorta a Timoteo para que se instruya en la Sagrada Escritura, para luego proclamarla a las gentes. También, para que refuerce dicho anuncio con su buen ejemplo, como hacen igualmente nuestros misioneros.

El Evangelio nos ayuda a ser constantes en la oración, como la viuda que consigue que un juez corrupto le haga justicia, dado que ella no deja de importunarle. Jesús nos enseña cómo Dios, que es justo, escuchará con más razón a sus elegidos.

Acción de gracias.

Dicen que tú nunca te cansas de escuchar;
que somos nosotros los que nos cansamos de pedir.
Es verdad:
nuestras plegarias bajan los brazos
apenas brota el cansancio;
nuestras bocas mastican palabras huecas hasta vaciarlas,
y nuestras letanías se apagan lentamente
como velas consumidas en su propia cera.
Huimos de la rutina, rendidos a la tiranía de las emociones
que vienen prendidas como luces de neón
atrapando nuestros sentidos
como la telaraña atrapa a sus presas.
Y así, dirigidos hasta la ratonera del hastío y el sinsentido
sobrevivimos a golpe de pálidas y fútiles sensaciones,
incapaces todas ellas
de hacer germinar en nuestras almas
la semilla de la constancia que sólo crece
si es regada de esperanza.
Envíanos, Señor,
amigos que sostengan nuestros brazos perezosos
para que nuestras plegarias no decaigan.
Que jamás nos cansemos de rogar
clamando a las puertas del cielo
con la insistencia de los niños obstinados
y el ansia de vivir de los moribundos.
Sólo así, nuestras súplicas tornarán en alados besos
que asciendan al cielo con descaro,
hasta tus mejillas, Señor;
en ellas veremos reflejados los rostros de tus hijos,
nuestros hermanos, y aún los nuestros,
hechos oración salida de tus manos;
manos que esperan con paciencia
regrese a ellas nuestras bendiciones y alabanzas más sinceras.

ORACIÓN DE LOS FIELES (peticiones)

1. Por la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo; para que se ofrezca a toda la humanidad como servidora de la esperanza que nos trae Cristo resucitado. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Por el Papa León, los obispos, sacerdotes y responsables de la pastoral de la Iglesia universal; para que sean testigos de esperanza, que alienten al pueblo de Dios en medio de sus dificultades. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Por los misioneros; para que, como María, Madre de Jesucristo, nuestra esperanza, llevemos a la vida el mandato misionero que Él nos dirige. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Pidamos también para que Dios nos conceda abundantes y santas vocaciones a la vida sacerdotal, religiosa y misionera. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Por nuestros gobernantes; para que busquen con honestidad el bien común, priorizando a los más pobres. ROGUEMOS AL SEÑOR.
6. Por los enfermos y quienes sufren en su cuerpo o en su espíritu; para que sepan ver en esos sufrimientos una participación en la pasión de Cristo, para así tener parte en su consuelo. ROGUEMOS AL SEÑOR.
7. Por todos nosotros, llamados a ser constructores de la civilización del amor que emana del Evangelio. ROGUEMOS AL SEÑOR.

HOMILÍA

Vivir es como librar una gran batalla; una batalla que comienza con el primer llanto desgarrador en el paritorio y que parece acabarse con el último aliento, con el que tratamos de aferrarnos inútilmente a esta tierra en la que vamos de paso. Vivir ya es un pequeño triunfo, un triunfo que se verá amenazado y a veces truncado por infinidad de enemigos acechantes que tratarán de derrotarnos. Sabemos que el último enemigo es la muerte y que inevitablemente esta nos llevará a su terreno para librar la última y definitiva batalla. También sabemos por la fe y por los pequeños destellos que despiertan en nosotros las batallas ganadas, que este enemigo no tiene la última palabra y que, con el poder de la oración, venceremos.

Existe también un aspecto en esta guerra que todavía pasa muy desapercibido para el cristiano, y es que nadie libra una batalla por sí solo, nadie va a la guerra por su cuenta; si uno vence, vencemos todos y si uno es derrotado, todos lo somos. Por ello resulta consolador imaginarse la escena de Moisés orando por la victoria de su pueblo mientras que Jur y Aarón le apoyan recurriendo a argucias realmente ingeniosas y de una enorme creatividad. Son los brazos de Moisés los que se alzan al cielo, como los del sacerdote cuando preside la Eucaristía dando gracias en nombre de toda la comunidad anhelante del Dios vivo; pero esos brazos en actitud orante ya no son los de un hombre, sino los de todo un pueblo que eleva en ellos sus plegarias, arrimando “piedras” (apoyo) para que no se canse el intercesor, prestándole toda la ayuda necesaria para que sus brazos humanos y frágiles nunca desfallezcan.

En mi andar peregrino puedo asegurar que si no he tirado la toalla, si no he bajado los brazos, es porque una extraña fuerza me los mantiene alzados al Dios vivo. A veces no tengo ni tan siquiera fuerzas para abrir los ojos y como un zombi mis pasos se derraman por las tumbas de este mundo; pero cuando un soplo de gracia me abre la mirada, puedo ver a mi lado a muchos rostros manteniendo mis brazos en alto para que todos ganemos: los rostros de mi familia y amigos más queridos, de comunidades de religiosas de clausura e incluso de no creyentes a los que me unen unos sueños teñidos simplemente de colores diferentes.

Lo peor que puede hacer el intercesor es creer que puede subir solo a la montaña para rezar por la victoria de los demás. Ni tan siquiera Cristo trabajó en solitario. Ciertamente que sus discípulos no eran, ni son actualmente un modelo a seguir, humanamente hablando; pero tenemos algo que muy pocos logran mantener: la unidad; una unidad que se manifiesta en la oración permanente, una oración que estoy bien seguro que nunca ha cesado desde que el primer ser humano alzó los brazos a lo alto en busca del Misterio que le envolvía.

Siempre hay alguien rezando en el mundo, aunque sea en lenguas desconocidas o en religiones exóticas y desconocidas; la oración es una especie de música de fondo que acompaña a la humanidad en todas sus actuaciones. Gracias a ella vivimos; su efecto es contagioso y su poder indestructible.

Si rezáramos más, si como una “mosca cojonera” machacáramos y machacáramos las puertas cerradas de nuestro propio corazón en el que tenemos atrapado a Dios, la vida sería mucho mejor de lo que sin duda es. ¿Nos atrevemos a imaginarlo? Pues es posible. Jesús nos invita a ello con un ejemplo cotidiano; incluso los malvados ceden con tal de “quitarse el muerto de encima”. ¡Cuanto más aquel que ya está poniendo en la creación todo lo que tiene y todo lo que es, en espera de que esta le abra definitivamente las puertas!

Pablo propone un camino inagotable de creatividad en los consejos que da a Timoteo. Lo que él sugiere es el uso de la Palabra de Dios como instrumento de oración y evangelización. No se trata sólo de la Palabra hecha letra, enlatada en biblias, sino de la Palabra viva que nos habita, la que clama en nosotros, aquella que los demás pueden leer con solo mirar nuestros ojos. Toda oración es desbordante y contagiosa. Orar es transgredir, ir más allá, pedir incluso por los que no quieren que se pida por ellos, compartiendo con toda la humanidad la victoria que se intuye tras el horizonte que nos abre la esperanza. Orar también exige insistir a tiempo y a destiempo. El buen pintor procura estar pintando siempre para que cuando la musa del arte sople en su alma, sus manos se encuentren dispuestas a plasmar ese hálito de divinidad sobre el lienzo. Tendríamos que aprender a orar incluso cuando dormimos, porque el descanso es también fruto de la victoria.

Por último, este irradiar orante no puede ni debe ser invasivo ni hiriente. Por ello Pablo pide insistencia, pero también comprensión y pedagogía. No se trata por tanto de vencer imponiendo, sino convenciendo. Dios podría suprimir el mal de golpe, derrotarlo en un instante, pero con él sería también segada la parte del trigo de su mies. Dios no busca la venganza, ni la aniquilación del malvado, sino su conversión; esta es su fuerza y también su debilidad. Por ello el cristiano ha de aprender a compaginar el espíritu y ardor del guerrero en la construcción del reino de Dios, con la dulzura y paciencia de la madre en la educación de sus hijos más rebeldes. Esto es lo que distingue la fe del nazareno de otras muchas formas de entender a Dios. No pedimos a Dios, pedimos CON Dios; No imponemos a Dios, proponemos a Dios, aunque sea a destiempo; y no bajamos los brazos porque no son nuestros brazos, sino los brazos clavados a un madero de uno de los nuestros, que a destiempo habló, a veces gritando y a veces callando, pero siempre ofreciendo una victoria triunfal y gratuita.